

CAPITULO XVI.

VIDA Y VIRTUDES DEL MUY RELIGIOSO P. DIEGO DE HERRERA.
AÑO DE 1595.

A las vidas de los dos muy insignes varones y grandes columnas sobre que se fundó y sustentó por largos años nuestra Provincia de la Compañía de Jesús en la Nueva España, añadiremos aquí otra más compendiosa, aunque muy llena de excelentes y sólidas virtudes, del fervoroso P. Diego de Herrera, el cual, habiéndose empleado con grande fervor de espíritu en los ministerios que se ejercitan en nuestra Casa Profesa de México, fué el primero que en ella murió y se fué al Cielo á recibir el premio de sus santos trabajos y ejemplos. Fué este grande siervo de Dios natural de Villalón, en los Reinos de Castilla; murió el año de 1595, después de 30 de Religión: los 10 en la Provincia de Castilla la vieja, y 20 en esta de la Nueva España; fué profeso de cuatro votos, docto en las lenguas latina, griega y hebrea y no menos en la Sagrada Escritura; y por otra parte, tan humilde y deseosísimo de encubrirse y parecer ignorante (virtud más ilustre en él que era tan docto y sabio), que siempre procuraba las ocupaciones más humildes, impidiendo cuanto él podía los intentos de los Superiores, que algunas veces trataban de ocuparle en cosas y ministerios de importancia, en que le querían honrar. Su ocupación ordinaria era hacer pláticas espirituales á gente religiosa, para que le había comunicado eficacia y talento Dios Nuestro Señor; era muy continuo en el confesonario, con gran fruto de sus ordinarios penitentes, que eran muchos; celoso en gran manera del provecho de las almas, y éste le hacía vivir en una perpetua ansia de ayudarlas con sus oraciones, pláticas, consejos y direcciones cuando los confesaba. De lo cual fué tan grande y abundante el fruto que se averiguó haber cogido este fervoroso Ministro de Dios, que por su medio entraron en diferentes Religiones más de trescientas doncellas, que consagraron á Dios su virginidad, perseverando en este excelente estado y vida religiosa. Obra en que se puede decir que cooperó este siervo de Dios, y tuvo su parte en trescientos actos heroicos de virtud, pues por tal califican los santos Doctores el consagrarse una persona á Dios en la Religión ó en estado de virginidad perpetua, á que en las divinas letras se señala particular corona y laureola celestial. Fruto éste tan precioso, que el gran Doctor de la Iglesia San Ambrosio siempre le deseaba conseguir con su predicación y doctrina. De otro grande número de manebos también se supo que entraron en otras Sagradas Religiones, y parte de ellos en la Compañía, por dirección y consejo del P. Diego de Herrera; obras estas tan ilustres, que solas ellas eran dignas del empleo de toda la vida de cualquier santo varón.

Entre las demás virtudes que resplandecieron en este evangélico Ministro, fué excelente la de su fervorosa oración y trato con Dios Nuestro Señor, porque fuera del tiempo que gastaba entre día del que le sobraba del confesonario, de ordinario se levantaba á las tres de la mañana y estaba en oración hasta las seis; y en esta escuela, y con

la doctrina del que es Maestro en ella, que es Cristo Nuestro Señor, aprendía el fervor y puntualidad que tenía en los demás ejercicios espirituales de mortificación y penitencia y ayuda de sus prójimos, sin que los unos ejercicios estorbasen á los otros que él tenía de distribución. Por muy trabajado y cansado que de los ministerios volviese á su aposento, jamás dejaba su lección espiritual, ni los exámenes de la conciencia y otras devociones que tenía, y éste fué el tenor de vida constante; los años que este diligente siervo de Dios vivió en la Religión quiso Su Divina Majestad hacer prueba de sus grandes virtudes antes de su muerte y de llevarle para sí, ejercitándolo con un año de enfermedad; y en este tiempo, no obstante que tenía casi muerto un lado, con el fervor de su espíritu trabajaba cuanto podía, como cuando estaba en su entera salud. Conocíanse en este mismo tiempo al fervoroso Ministro del Señor, unos ardientísimos deseos de salir de la cárcel del cuerpo, y hablaba de esta manera con tanto fervor y consuelo y seguridad, que se echaba bien de ver que se la comunicaba Nuestro Señor, en premio de la grandeza de virtudes sólidas y perfectas con que resplandeció, y de su infatigable trabajo, celo y vigilancia del bien de sus prójimos, y cuidado singular de la observancia de nuestras Reglas é Instituto á que Dios lo llamó; y así, las personas religiosas y de todo crédito que conocieron á este bendito Padre, se persuadían ser singularísima la gloria que en el Cielo gozaba el alma del que con tanta perseverancia y diligencia había empleado su vida en servicio de su Señor. Y bien podemos decir que con los ejemplos de las excelentes virtudes que se han escrito de este santo varón, desde allá todavía nos está enseñando á ser diligentes en el servicio divino; porque el escribirse las virtudes y ejemplos de los varones santos, viene á ser un modo de resucitarlos, para que aunque hayan pasado al Cielo, perseveren enseñándonos y alentándonos á imitar aquellos mismos ejercicios de virtud en que ellos, cuando vivieron en la Tierra, se ejercitaron con tan grande fervor. Y este oficio hace hoy la breve relación de las muy religiosas virtudes del P. Diego de Herrera, que aquí acabamos de escribir.

CAPITULO XVII.

DE LA MUERTE.

Y MUY RELIGIOSAS VIRTUDES DEL P. JUAN DE LOAIZA,
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

Por haber sido también este grande siervo de Dios uno de los primeros que habiendo trabajado en ayuda de las almas en nuestra Casa Profesa luego que se fundó, lo quiso Nuestro Señor llevar de ella al Cielo, á recibir el premio de sus santos trabajos, haremos aquí brevemente memoria de los muy religiosos ejemplos de virtud que nos dejó que imitar. Fué el P. Juan de Loaiza natural de Talavera de la Reina, de casa noble; llamóle Dios á la Compañía, y fué recibido en ella, siendo colegial filósofo en la Universidad de Alcalá. Acabado su noviciado

y estudios con mucho ejemplo de virtud, fué señalado de la santa obediencia para la Provincia de México, donde leyó un curso de Artes y sacó aventajados discípulos, porque demás de ser sujeto de grandes letras, fué amado por su apacible trato y noble condición; inclinado á hacer bien á los prójimos, muy compasivo para con los necesitados y pobres, cuyas necesidades en cuanto podía procuraba remediar, y eran muchas las que remediaba, porque conociendo su celo personas poderosas, le acudían con socorros para que hiciera obras de tanta caridad. Remedió asimismo muchos escándalos públicos y algunas muertes ya casi trazadas, no con poco provecho de los que las habían de ejecutar. Fué compañero de dos Provinciales y Rector del Colegio de la Puebla, á cuya fundación ayudó Dios por su medio con grandes socorros, atribuyendo esto, los que vivían en su Colegio, á la liberalidad con que él acudía al remedio de los pobres de aquella ciudad, porque sustentaba á doce vergonzantes, al modo que en nuestro refectorio se da el sustento á la Comunidad, y esto duró todo el tiempo que fué Superior; fuera de lo cual ningún pobre vergonzante venía, á quien no mandase dar limosna, sin que por eso faltase á la limosna ordinaria de los pobres mendigos, á los cuales cada día aparte se daba de comer. Era ordinariamente Consultor de Provincia el P. Juan de Loaiza, y lo era cuando murió, en el cual oficio resplandecían en él grandemente sus consejos, el celo de la observancia religiosa, gran prudencia en ayudar á grandes y pequeños, y de todos hallaba su caridad bien que decir, sin que jamás se le oyese decir mal de nadie, ni palabra de murmuración; entre estas virtudes y otras muchas de mortificación y oración, en que resplandeció grandemente en vida y en muerte este siervo de Dios, fué singular el afecto que con la pobreza religiosa mostró. Procuró con los Superiores que mandasen sacar de su aposento los libros y papeles de que usaba, no queriendo que cosa de esta vida le impidiese que todos sus afectos volasen á Dios. Fué hombre pacientísimo, y aunque de esto se pudieran traer muchos ejemplos, sólo uno (por ser caso sucedido á imitación de nuestro Padre San Ignacio) referiremos aquí. Dióle una herida á este buen Padre un caballo en una pierna, vino el cirujano á curarle, y para que la venda no se desatase y estuviese más firme, determinó de coserla; pero fué tan inadvertido en esta diligencia, que juntamente con la venda le cosió la carne por algunas partes, de lo cual hizo tan poco sentimiento que el mismo cirujano no lo echó de ver, y así, se fué; el día siguiente lo vino á curar y vió bien corrido el nuevo daño que con su cura había hecho, y el Padre, con su mucha paciencia, no había querido descubrir; su humildad fué singular, de que dió buen ejemplo todo el tiempo que fué Superior, en el cual siempre era el primero para todas las ocupaciones humildes; y el deyo y fin del oficio, fué como el principio y medio, con una plática llena de humildad, no sólo con palabras sino también con obras, mandando á todos se estuviesen quietos, y después de haberles pedido perdón de las faltas, les besó los pies, y luego, mudándose y dejando el aposento rectoral, se fué al más estrecho y encogido de toda la casa. Fué su muerte como su vida, llena de amor y de apacibilidad, pidiendo al sacristán que por cuanto él entendía que su muerte sería el día siguiente, entrada la mañana, como en efecto sucedió, le guardase Misas que dijese por su alma, para que ofrecidas por ella saliese más presto del Purgatorio y fuese á ver á

Dios; sintióse su muerte extraordinariamente en la ciudad y más de los más principales de ella, con quienes Dios le había dado grande mano y eficacia en su palabra para inclinarlos á la virtud, los cuales asistieron á su entierro con grandes muestras de sentimiento y lágrimas por la falta de tal Padre, de quien hacían grande estimación.

CAPITULO XVIII.

VIDA Y VIRTUDES DEL P. FRANCISCO MAJANO, DE LA COMPAÑIA DE JESÚS.

El P. Francisco Majano fué uno de los más antiguos que de España y de la Provincia de Toledo, por orden de la santa obediencia, vino á la nuestra de Nueva España, el año de 1590, y no más de siete años después que se había fundado en ella la Compañía. Fué natural de Auñón, cerca de Alcalá, y cuando tuvo edad para ejercitarse en estos estudios, cursó en esa insigne Universidad las Artes y Teología, y habiéndose graduado de Licenciado y ordenándose de Sacerdote, volvió á su patria, y fué algunos años Cura beneficiado de su pueblo. Aquí le tocó Dios y él se resolvió á entrar en la Compañía, movido y aun apretado de la memoria de un caso singular que le había sucedido en Alcalá al fin de sus estudios. Y fué el caso, que saliendo una noche con un compañero suyo á pasearse, llegando á una casa donde había ciertos regocijos, y queriendo entrar en ella, un hombre que estaba de guarda les defendía la entrada, y porfiando ellos, les dijo con juramento que había de matar al que entrase. Ellos, como mozos, con esta respuesta les dió más gana de entrar á gozar de la fiesta, y habiendo Francisco Majano metido el pie para entrar dentro, el compañero más apresurado le dió un empujón, y entrando primero que él, al punto le dieron una estocada con que cayó muerto sin hablar palabra. Y aunque por entonces al Lic. Majano no le hizo tanta impresión como pudiera este suceso, ni trató de entrar en la Compañía, pero siempre trajo atravesado este caso de su compañero en el corazón, hasta que habiendo sido los tres años Cura de su pueblo, se resolvió á dejarlo todo y entrarse en la Compañía. Recibido en ella, siendo ya Sacerdote y hombre de letras, procedió los años que estuvo en España en la Compañía con grande humildad, mortificación y ejemplos de virtud, y en todo este tiempo y aun cuando era novicio, era muy grande é incansable operario cuando se le ordenaba, siendo muy amado y buscado de los que trataba por su apacible trato y por lo mucho bueno que experimentaban en él. Particularmente se ejercitó en misiones, con gran fruto de las almas y en confesar estudiantes en Alcalá. Pasó á estas partes de Nueva España el año de 1590, como dijimos, enviado por la santa obediencia, donde trabajó en los Colegios en que vivía con no menor edificación que la que había dado en España, ocupándose de ordinario en confesar con mucho cuidado y grande asistencia en el confesonario, á todos los que venían á él. Y á esto añadía el ayudar en los demás ministerios más humildes de nuestra Compañía, sin jamás entrometerse ni aspirar á cosas mayores por conservar su

humildad, en la cual se aventajó siempre con notable edificación. Algunos años antes de su muerte quiso Dios que padeciese mucho con una enfermedad de cólera requemada, que por el resto de su vida le duró y dió mucho que entender, la cual le resultó de una grave enfermedad de tabardillo que parece le mudó en otro hombre, y que Dios Nuestro Señor le envió este achaque para ejercicio y materia de merecimiento, que toda la vida le duró. Pero no por eso dejó de atender al bien de los prójimos y su trato en cuanto se ofrecía, buscándolos con cuidado, sin descansar un punto, en obras de caridad, y particularmente era inclinado á ayudar á gente común y pobre, con quien hacía notable provecho. Tenía hecho voto de confesar á todos cuantos viniesen á sus pies, sin dejar á ninguno, por pecador que fuese, y aunque fuese un demonio, como él lo decía; y según él lo refirió, parece que uno que vino á él, venía tan lleno de abominaciones, que parecía algún demonio, á quien no por eso desechó. El tiempo que tuvo salud acudía con particular afecto á los condenados á muerte por la justicia, que fueron muchos. Y en todos los Colegios donde residió se veía notable aprovechamiento en los prójimos, de manera que se aventajaba á muchos en ayudar á los que acudían á él. Padeció notablemente enfermedades con que le ejerció Nuestro Señor, y por la mucha fuerza que á sí mismo se hacía en no mostrar su humor colérico, y cuando alguna vez sin quererlo lo mostraba, se iba delante del Santísimo Sacramento y delante de un Crucifijo de que era devotísimo, y allí, con grandes gemidos, pedía perdón de su falta á Nuestro Señor. Era por extremo amigo de oír sermones y pláticas, procurando cuanto podía no perder ninguna; y como no le llevase la curiosidad, todos le contentaban y de todos procuraba sacar provecho, y lo mismo de que le leyese libros espirituales, particularmente de los autores de nuestra Compañía. En medio de todos sus trabajos se le iba acabando la vista, y en medio de ese trabajo, lo que más procuraba y deseaba era poder celebrar el Sacrosanto Sacrificio de la Misa todos los días, y en razón de esto fué mucho lo que padeció; no había cosa que tanto sintiese como dejarla de decir un solo día, sin perdonar trabajo alguno que se le podía ofrecer en razón de conseguir lo que tanto deseaba. El tiempo que no tenía á quien confesar lo gastaba en rezar Rosarios á la Virgen Santísima y á San José, de quien era por extremo devoto, y estarse en oración delante del Santísimo Sacramento, y para interrumpir algunos ratos de estos ejercicios, se ocupaba en aderezar imágenes santas, buscándolas con grande cuidado, así de lienzo como de papel, y haciéndolas adornar, y otros ejercicios semejantes; y fué tanta así la humildad como la caridad del P. Francisco Majano, que siendo ya viejo y medio ciego, para remediar á pobres buscaba de limosna algunos pedazos de paño, y haciendo cortar algunas piezas de vestidos, él mismo los cosía y repartía en necesitadas personas, sin jamás tener un punto de tiempo ocioso de obras santas y de devoción y caridad, y aun cuando estaba muy enfermo, se procuraba ocupar en estos ejercicios. Era devotísimo de nuestro Padre San Ignacio y de nuestros Hermanos beatificados, y todo su cuidado era que se pintasen cuadros de ellos, y porque aunque por su corta vista no los podía gozar, pero con saber los tenía allí pintados se consolaba su devoción. En la última enfermedad, de que murió, padeció mucho por ser de achaque penoso de desconcierto de estómago, y en ese tiempo ya que no podía decir Misa,

toda su ansia era recibir el Santísimo Sacramento á menudo y rezar á sus santos devotos. También mostró su grande humildad en este tiempo de su enfermedad, porque llamando al Superior muy en particular, le pidió le señalase un Padre que le confesase todos los días, reprendiéndole de sus faltas ásperamente y que nunca le dijese otra cosa, sino que era grandísimo pecador, que confiase en los méritos de la Pasión de Cristo Nuestro Señor, y en su Santísima Madre, no en otra cosa, y aun cuando estaba en lo último de su vida, esto mismo pedía le repitiesen los que le entraban á ver, mostrando siempre su profunda humildad y obediencia á sus Superiores, y mostrando, aun en el tiempo de su mayor enfermedad, aquel su santo celo de la ayuda de los prójimos, no olvidándose de sus penitentes, llamándolos para que se confesasen allí, y una hora antes de espirar, confesó á uno de los más continuos. Finalmente, después de muy probado y ejercitado en muchos trabajos, fué Nuestro Señor servido de llevar para sí á este siervo suyo el año de 1619, siendo profeso de cuatro votos, y asisténdole muchas veces los nuestros por la mucha instancia con que él les pedía este consuelo y favor. Enterróse en nuestra Iglesia de la Profesa con gran concurso de los nuestros de esta Casa y del Colegio, y mucho más de los de fuera, que mostraban el sentimiento de la muerte de este siervo de Dios, aunque fué en tan santa vejez.

CAPITULO XIX.

DE LA VIDA Y VIRTUDES

DEL P. PEDRO DE MERCADO, UNO DE LOS PRIMEROS RELIGIOSOS
DE LA COMPAÑÍA, QUE VINIERON DE ESPAÑA
Á FUNDAR NUESTRA PROVINCIA MEXICANA. AÑO 1619.

Por muchos títulos merece lugar en esta historia el P. Pedro de Mercado, lo primero porque fué uno de los primeros sujetos que felicísimamente, y para tanta gloria de Dios, echaron los primeros fundamentos de nuestra Provincia de la Compañía de Jesús en el extendido Reino de la Nueva España; lo segundo, porque á su diligencia, cuidado y trabajo de muchos años, se debe la grande fábrica y templo que tiene nuestra Casa Profesa de México, que es la principal y cabeza de la Provincia; y el tercer título porque merece este muy religioso Padre que hagamos aquí relación de su vida, es por haber sido tan ejemplar y llena de las muy religiosas virtudes que en ella resplandecieron. Nació el P. Pedro de Mercado en la ciudad de México, de muy honrados y principales padres, y lo que después á él le fué de muy grande consuelo, y los demás tuvieron por presagio de que Dios lo tenía escogido y señalado para la Compañía, y en particular para que ayudase á la fundación de la Casa Profesa, fué que nació en las mismas casas que eran posesión de sus padres, y donde después se fundó la misma Casa Profesa y su famoso templo, en cuya fábrica tanto trabajó el P. Mercado. Al cual, siendo mancebo, lo enviaron sus padres á estudiar á la Universidad de Salamanca; pero con ocasión de

un tío que tenía en la ciudad de Sevilla, se vino á ella, aunque Dios le traía para la Compañía de Jesús, y para que se alistase por su soldado, porque llamándole Dios á ella y obedeciendo á esa divina vocación, pidió ser admitido y lo recibió en ella el Padre Provincial Diego de Avellaneda, que después vino por Visitador de nuestra Provincia de Nueva España.

Procedió en la Religión el Hermano Pedro con tanto ejemplo de virtud, y con tan grande aprovechamiento en las letras, que siendo eminente en la lengua latina, en humanidad y poesía, y habiendo cursado las Artes y Teología, le señaló nuestro Padre San Francisco de Borja con los que enviaba á fundar nuestra Provincia Mexicana; llegado á ella acabó de oír su Teología, y ordenado de Sacerdote, ejerció nuestros ministerios en los Colegios de Michoacán, Guadalajara, Zacatecas y Oaxaca, con mucho aprovechamiento de los prójimos; y su talento de púlpito fué de los eminentes que tuvo en su tiempo la Provincia, y operario tan incansable que era muy estimado por los ministerios que con mucha edificación ejercitaba. Sucedióle un achaque de dolor de cabeza, y tan continuado, que ni podía estudiar ni asistir al confesonario largo tiempo, y para no estar ocioso y poder servir á la Compañía, se aplicó á cuidar de las obras que en ella se hacían, oficio humilde que ejerció por espacio de veintisiete años, con tanta asistencia, aplicación y cuidado, como si no supiera ni tuviera talento ni caudal para mayores ocupaciones.

A él se debe el hermoso, magnífico é insigne templo que tiene la Casa Profesa de México, y demás de eso un cuarto que en ella dejó casi acabado. Los trabajos que en esta insigne fábrica padeció, durmiendo muchas noches en el monte, á los soles y calores que padecía, yendo y viniendo á la cantera con indios trabajadores y oficiales, la asistencia continua á la obra y disposición de ella, el cuidado en recoger la limosna con que se había de proseguir y acabar; y todo esto, con tan grande paz y sufrimiento, que admiraba á los que le habían conocido, y con tal continuación, que se decía de él que murió en la obra trabajando como un jornalero. Quiso Dios consolar á este su siervo con que la viese acabada y gozase de la dedicación del templo, que le costó catorce años de trabajo, y donde Dios es servido y glorificado con la frecuencia de Santos Sacramentos y predicación de la palabra divina, que queda significado en varias partes de esta historia; con todo lo cual se tenía por cierto haber tenido grande parte de merecimiento el P. Pedro de Mercado. Y habían observado los de casa, y confiriendo entre sí después y hablando de sus virtudes, notaban que con haber pasado tantos años por su mano tanta cantidad de hacienda, siendo obrero y pudiéndolo hacer con comodidad y licencia, jamás se le conoció en su aposento cosa de curiosidad ni comodidad propia, ni había en casa aposento más pobre ni de menos comodidades que el suyo, porque todo su celo y cuidado lo convertía en el acrecentamiento del culto divino, de la comodidad y bien de la Compañía. Y no fué sola esta religiosa virtud en la que resplandeció el P. Mercado, porque fué hombre de vida tan regular y ajustada á sus Reglas, tan amigo de seguir la Comunidad, que nunca, con andar tan ocupado, á ella faltaba, siendo en todo el primero, de suerte que los Padres le llamaban el manso que los guiaba. Cada día tomaba disciplina; su silencio y sufrimiento en los trabajos fué muy señalado; y finalmente,

su celo de la observancia religiosa fué extremado, con que se dice todo lo que á un sujeto religioso puede hacer perfecto y santo.

Y tal fué su muerte, porque el año antes que muriese vino á la Nueva España un Jubileo grande, y dijo que con esta ocasión se quería disponer para la muerte. Hizo una confesión general de toda su vida, recogiendo á ejercicios con tan gran sentimiento y devoción, que él mismo quedó satisfecho y contento con prendas de su cierta muerte. Cuando estaba en este trance el P. Pedro Díaz, compañero suyo en la fundación de esta Provincia, despidiéndose de él con muchas lágrimas y sentimiento, y abrazándole, le dijo: «Que le aguardase, que él se seguía de los que habían venido juntos de España;» y en el día que cayó enfermo tuvo á la mañana oración, sobre aquellas palabras de San Pablo: *Mihi vivere Christus est, et mori lucrum*. Y advirtiéndole el mismo P. Mercado que era extraordinario el sentimiento que Dios Nuestro Señor le comunicaba de la muerte, aquel día martes, poco antes que muriese, las últimas palabras que habló fueron reconciliarse con el Padre Ministro que se halló á mano, y después, quedando con una paz y serenidad grande, y como notó un Padre de los que estaban presentes al modo que el santo viejo Jacob: *Collegit pedes suos super lectulum, et mortuus est*. Se encogió y volvió el cuerpo á la pared, y á la parte de la Iglesia en que tanto había trabajado, y lugar donde antes que se edificase él había nacido y donde dejaba colocado á Cristo Nuestro Señor Sacramentado; y con grande serenidad le entregó su alma el año de 1619, á 15 de Octubre, siendo de edad de 73 años, y habiendo vivido los 53 de ellos en la Compañía, con grande ejemplo de vida. Murió con todos los Santos Sacramentos, y recibidos estos con extraordinaria devoción, pidiéndolos él mismo y con instancia que se le dijese la recomendación del alma, la cual oída con grande quietud se partió al Cielo, dejando grandes prendas de que iba á gozar de su gloria, quedando su cuerpo enterrado en la Iglesia que con tanto trabajo, devoción y ejemplo había edificado.

CAPITULO XX.

VIDA EJEMPLAR

Y DICHOSA MUERTE DEL P. JUAN BAUTISTA ESPINOLA,

DE LOS PRIMEROS QUE FUERON

RECIBIDOS EN LA COMPAÑÍA EN LA NUEVA ESPAÑA. AÑO 1619.

Aunque los padres de este gran siervo de Dios fueron de nación genoveses, de los nobilísimos Espinolas de aquella república, pero su hijo nació en la ciudad de Sevilla, donde, siendo muchacho, como hubiese llegado allí un tío suyo, General de la Religión del Patriarca Santo Domingo, como persona de tanta autoridad, pretendió llevar á su sobrino á Roma para acomodarlo con el Cardenal Espinola, que también era su tío; esto no tuvo efecto por razones que movieron á su padre, y lo principal porque Dios disponía de otra suerte de la vida y empleo de este noble mancebo. Después lo llevaron á Génova, y de allí volvió á Sevilla, y con ocasión de otro tío que tenía en México se

embarcó para venir á estas partes. Fué aquella flota desgraciada el año de 1571 porque se perdió casi toda, y el mancebo Espinola se libró del naufragio milagrosamente, porque habiéndose perdido el navío, en tablas se escaparon catorce personas, y una de ellas fué Bautista, y como era muchacho, porque los golpes de mar, que eran recios, no le sacudiesen de la tabla, le ataron á ella; ésta zozobró y quedóse debajo atado, de tal suerte, que si los que nadaban no acertaran á voltearla, se quedara ahogado; desatáronle y dijéronle que se tuviese fuertemente á las cuerdas, lo cual hizo con tanto cuidado, que tenía las manos llenas de sangre y con el agua salada padeció terribles dolores. Al fin, con la resaca, vinieron los naufragantes á aportar á Tabasco, Costa de la Nueva España, y como estaba desnudo Bautista y era delicado, cargaron sobre él tantos mosquitos, que se le hinchó todo el cuerpo y estuvo á riesgo de morir de este achaque; mas con el regalo y cuidado de los que lo traían á cargo, convaleció y vino á México. Quedó tan devoto y reconocido á la merced que Nuestro Señor le había hecho en librarle de tantos peligros, que de aquí nació la voluntad y propósito de ser Religioso. El año siguiente de 1572, llegaron los primeros de la Compañía á estas partes, y luego se les aficionó, de suerte que el siguiente año, á los 18 de Julio de 1573, fué recibido casi de los primeros que en esta Provincia entraron en la Compañía, y mientras vivió estuvo tan reconocido á Nuestro Señor por este beneficio de la vocación y los demás que había recibido de Su Divina Majestad, que para no olvidarse de ellos los escribía en un cartapacio, en donde tenía con día, mes y año, el día en que entró en la Compañía, y en el que hizo los votos de devoción y los de los dos años, cumplido su noviciado, y cuando se ordenó y cantó Misa y el día en que hizo los votos de Coadjutor espiritual formado, que fué el año de 1592. Pero lo que más admiró, fué lo que después de su muerte se halló en este cartapacio escrito, esto es, una letanía de los santos que le habían cabido en la Compañía, toda de su letra, sin haber faltado de escribir uno solo en 46 años, desde el mes de Agosto de 1573 que le cupo San Roque, hasta Octubre de 1619, en que murió, que fué San Bruno; y estando encomendándose á ellos á la hora de su muerte, dijo á los que allí estaban: «Todos los santos de que la Iglesia reza me han cabido, si no es uno que es San Martín Papa,» á que entonces se encomendó muy de veras.

Trajo Nuestro Señor Jesucristo á la Compañía al P. Juan Bautista Espinola, para bien de muchas almas y más en particular de la juventud mexicana y aun de todo el Reino de la Nueva España, porque veinte años continuos leyó Gramática y le reconoció por maestro todo lo bueno que había en este Reino, así en las Religiones como en los Cabildos y ciudades. Alcanzó á cuatro Obispos que se habían criado en nuestros estudios de México y habían sido sus discípulos, y el uno de ellos, el Ilustrísimo de Michoacán, que estando ya consagrado le encontró un día en una Iglesia, públicamente hincó la rodilla y le pidió la mano Su Señoría; el humilde Padre, turbado, se echó á sus pies y casi se tendió en el suelo hasta que se levantó Su Señoría, honrándole mucho; los diez y seis años después de su lectura de Gramática, los ocupó en ministerios y en ser Procurador en la Casa Profesa, oficio que hizo con tan gran celo de la pobreza religiosa y afecto de acrecentar las cosas de esta casa, que por esto sólo le conservaron hasta que mu-

rió, aunque trabajado con continuas enfermedades y achaques. El de confesor fué con tan grande continuación y asistencia al confesonario, que cuando no estaba en la cama, toda la mañana se ponía en público para cuantos le habían menester, y con el deseo que tenía de ayudar á las almas en este ministerio, siempre pedía á Dios, puestas las manos, que para el día que había Jubileo le aliviase la gota, y llegado, se animaba tanto, que solía bajar arrastrando al confesonario; y aunque de ordinario andaban á pleito con él los enfermeros y Superiores sobre que no dijese Misa ni confesase estando tan enfermo, con todo, los días de grandes concursos, cuando tañían á levantar, ya él había tenido su oración, y decía luego Misa, y acabada, se estaba hasta las once del día confesando.

Fué estimado por hombre de lindo natural y apacible como noble; y así, por extremo amado de todos, echóse de ver en la asistencia de todos los nuestros en el tiempo de su enfermedad, y sentimiento extraordinario que hacían por su muerte; juntamente tenía una simplicidad y llaneza ordinaria notable, con una puridad de conciencia tan grande, que de ella hablaban muchos, y le alababan los Padres que por mucho tiempo le confesaron. Esta mostró en su última enfermedad, en que se reconcilió más de cincuenta veces con casi todos los Padres de casa, hasta media hora antes de espirar y cuando apenas se le entendía palabra, y esto, para que le concediesen la indulgencia. Rezaba todos los días, demás del Oficio Divino, el Oficio Parvo de Nuestra Señora y el del Angel de la Guarda; y el día que murió dijo que le daba pena haber dejado el Oficio del Santo Angel en algunos días que habían sido de muchas confesiones.

Quiso Nuestro Señor llevar para sí al P. Juan Bautista Espinola, para premiar sus santos trabajos; y el día que supo que estaba desahuciado, se puso un rato suspenso, y volvió diciendo estas palabras: «Qué espantosa y triste es la imagen de la muerte, si no se juntase con la Sangre y Pasión de mi Señor Jesucristo;» y contándole un Padre que San Jerónimo preguntó á Santa Paula, estando para morir, que cómo le iba, respondió la Santa: «*Omnia sunt peccata.*» El P. Espinola, como tan humilde, trocando una letra, repetía todo aquel día, que fué el último de su vida, diciendo muchas veces: «*Omnia es peccata,*» y sin dar á entender los grandes dolores que padecía, que eran fortísimos, los llevaba con tanta paz y paciencia, como si ningunos padeciera; y así, hablaba con todos como si estuviera sano, cosa que en todos los que lo veían causaba no pequeña admiración. El día que se dijo moriría, estaba el Superior apretado de gota en la cama, y por su consuelo se animó á levantarse por verle y despedirse de un varón tan santo, el cual se consoló grandemente con esta visita, y habiéndose reconciliado con el mismo Superior y dándole cuenta de algunas cosas de su alma, quedóse aquel allí rezando las horas menores, y entre tanto el P. Bautista se quedó como suspenso y dormido, pero volviendo en sí de repente, comenzó á dar voces: «Buenas nuevas, Padre mío, buenas nuevas;» causóle novedad al Superior esta voz, y preguntóle: «¿Qué es, mi Padre? y respondióle aquellas alegres palabras del Salmo 151: «*Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi, in Domum Domini ibimus.*» Preguntó luego á qué hora le parecía que moriría, y si le enterrarían aquella tarde, y diciéndole el Superior que no, sino por la mañana, respondió el P. Bautista: «¿Pues no es domingo y hay sermón?» Díjole: «De-